

Biblioteca-Films

elección *Los húsares de la Reina* 50 cénts



Billie
Dove

Lloyd
Hughes

SELECCIÓN BIBLIOTECA FILMS

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barbará, 16

BARCELONA

Adaptación literaria de la magnífica
película de gran espectáculo, de
costumbres europeas, denominada:

Los Húsares de la Reina

genialmente interpretada por los más
renombrados artistas de la pantalla

**Billie Dove y
Lloyd Hugues**

por ANTONIO PEREZ ZAMORA

Selecciones GRAN LUXOR Verdaguer

(FUERA DE PROGRAMA)

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

LOS HUSARES DE LA REINA

Antes de dar comienzo a nuestra verídica narración, conviene hagamos constar, para guía del buen lector, que no se trata de ningún cuento de hadas, sino de una novela vivida, de realidad palpitable.

En pleno siglo de la radio y de la aviación, parece increíble puedan existir todavía lugares donde los nobles imperan como en un feudo. La tradición (y que nos perdonen los amantes de la misma), es como un bastón colocado en las ruedas del progreso.

Está muy bien conservarla y de vez en cuando tributarle un recuerdo, como a todo pasado glorioso, que por el mero hecho de ser pasado, tiene todo lo de venerable que en lo viejo se encierra; pero vivir apegados a ella, es vivir en un mundo desconocido.

cido, a riesgo de hallarse en choque constante con la realidad y expuesto a que, por conservar los prejuicios de antaño con toda su pujanza, éstos nos lleven incluso a borrar los lindes del drama.

Tal es la situación de los personajes que vamos a tener ocasión de presentarte, caro lector. En la vieja Hungría, cobijados al amparo de la cien veces venerable cruz de San Esteban, ajenas a la vida que corre y corre en alas del adelanto, existe la comarca de Thurzo, así llamada por pertenecer al señor del castillo feudal de este título.

Digamos, empero, que la acción no es de hoy. No es tampoco del ayer lejano. Aun cuando veas a sus habitantes con el típico traje magiar, holgada chupa de paño burdo, blanca, bordada en negro, con amplias mangas y una a modo de lengüeta espaldas abajo, hasta perderse en la mitad de los amplios zaragüelles, atados a la rodilla por artísticos flecos; aun cuando veas que se descubren todos, y casi tocan con sus frentes en el polvo o en la nieve, apenas divisan el coche donde su señor pasea altivo, no creas que hace de esto cien años. Piensa que a lo más, debe hacer unos treinta años escasos.

Por aquel entonces, la secular mansión de los condes de Thurzo, que semejante a un centinela del feudo, hosca e imponente, se

alzaba en lo alto de la colina, dominando a la ciudad de hecho y de derecho, guardaba en su interior una joya mucho más bella y preciada que las muchas que figuraban en el espléndido museo del castillo: la bella condesita Sari, huérfana de padre y madre; sometida a la tutela de su tío carnal, el conde Andrés.

Era frecuente que, cuando se creía fuera de la vigilancia de su tío, la encantadora niña tomara la escalera de servicio y saliera al jardín a conversar con su amigo Miguel, hijo de un humilde zapatero de la ciudad, empleado en el castillo como auxiliar del jardinero.

El día en que la vemos salir por primera vez, en el rostro de la niña se dibujaba una imperceptible huella de pesar. Ni la aparición de su amigo querido fué suficiente para que brillara en sus ojos aquella alegría contagiosa por lo sincera, y se esfumara la leve contracción que parecía oprimir sus labios.

Con su vestidito blanco, de muchos volantes, le parecía al muchacho un hada buena. Esa que suele salir por las noches a velar el sueño de los niños sin mamá. Y corrió hacia ella a recibir sus caricias, que tenían un no sé qué de divino, como si sus manecitas fueran leves y dulces, cual rozar de alas de ángel.

-Estoy muy triste, Miguel. Me han dicho

—Te he traído este regalo para que allá, en América, te acuerdes de mí.

Y así diciendo, Sari le entregó una caja bastante grande, dentro de la cual iba un verdadero ejército de soldados de plomo. Eran los "Húsares de la Reina", el cuerpo más distinguido de Hungría.

Mientras la condesita expresaba con tiernas frases el dolor que le producía la partida de su amigo, éste, lentamente, iba haciendo formar el pequeño ejército.

—¿Por qué no te quedas en Hungría y te haces oficial de húsares?

—Porque para eso hay que estudiar, y para estudiar se necesita un dinero de que yo no dispongo, Sari. Además, un aldeano como yo, no puede ni aspirar a tan distinguido cuerpo. Por eso quiere mi padre que me vaya al otro lado del mar. Allí podré mejorar de posición.

—¡Malo, más que malo!... ¡Dejarme aquí sola!—gimió la niña, echándole los brazos al cuello.

Aquellos besos, mezclados con dulces lágrimitas, dieron valor a Miguel:

—No te apures, Sari; algún día volveré de América con mucho dinero y me casaré contigo...

Cambiáronse nuevas caricias, vertió la condesita nuevas lágrimas, y como llevaran ya un buen rato juntos, temerosa de la vi-

gilancia de su tío Andrés, Sari volvió nuevamente a sus habitaciones.

Pocos días después, Miguel, llena el alma de optimismo, recibía el último beso de su padre y salía para Budapest, sin más equipaje que una diminuta maleta. En esta ciudad se reunía con una caravana de expatriados, y de allí, a Trieste, a tomar el vapor que debía llevarlo a descubrir nuevos horizontes.

Pasaron los años, y en Thurzo, la vida continuaba con idéntica monotonía. Dos veces al año, el padre de Miguel, enviaba a su querido hijo una larga carta, relatándole los acontecimientos más trascendentales ocurridos en la localidad durante el mencionado lapso de tiempo.

Cierto día, el señor Miguel, se descubrió, rodilla en tierra, junto al buzón. Andrés de Thurzo, enviaba también una carta a su sobrina, a la sazón, residente en Nueva York, adonde había ido con el pretexto de completar su educación.

Los dos mensajes, el del encopetado castellano y el del humilde siervo, fueron a poco recogidos por el cartero, con idénticas consideraciones, y ambos, mensajeros del cariño, cual dos blancas palomas, marcharon a su destino, llevando entre sus piegues el perfume de recuerdos y añoranzas de la patria amada.

Sari, había ido a Nueva York únicamente para completar su educación?

Las umbrosas avenidas del parque de Coney Island podrían habernos dicho algo muy distinto. En el lugar más solitario del extenso parque, al amparo de la sombra de los tilos gigantescos, dos seres nacidos para comprenderse y amarse tejían la madeja de sus doradas ilusiones.

—Estoy realmente encantado de este país, mi querida Sari—decía él—. El esfuerzo incesante de estos años, me ha valido granjarme una posición decorosa. No tan risueña para mirar el porvenir sin zozobras.

—Yo siempre he tenido fe en ti, Miguel—respondía la aludida—. En tus cartas, las cartas que me enviabas a nombre de la vieja Ana, mi haya, leía entre sus líneas que podrías llegar muy lejos...

—Todo lo que tengo y lo que soy lo debo a ti ¡amor mío!

—Di más bien a tu esfuerzo. ¿Qué he hecho yo, pobre de mí, como no sea infundirte alientos en mis escritos?

—Y cuándo habría yo trabajado con tanto afán de no haber mediado las bellas esperanzas de la princesita de mis sueños? ¡Eres tú; tú, quien me ha hecho trabajar y vencer! ¡Si supieras cuán duro es abrirse camino en un país donde hasta la lengua es extraña, Sari!

—¡Pobrecito mío!... ¿Y aún dices que no eres digno de mi amor?—exclamó Sari transportada por el júbilo, pasando su blanca mano por la cabellera del amado con el descuido y confianza con que lo hacía en su infancia.

A la hora de partir, siempre mucho más temprana de lo que ambos deseaban, venía a poner fin a la entrevista, muy larga según el reloj y brevísima según la opinión de los enamorados.

Perdiérase entre las revueltas de la arboleda el auto de la condesa y Miguel quedaba en el mismo sitio, agitando su pañuelo. Volvía al banco de sus confidencias y permanecía tiempo y tiempo. Figurábasele que todavía quedaba allí algo de su amada, flotando en el ambiente.

Allá en Thurzo, su padre, animado por las nuevas que llegaban del ausente, explicaba en el café a sus compañeros:

—En la última carta me dice que todo le marcha a pedir de boca y que muy pronto vendrá a visitarnos. ¡Estoy seguro que a estas fechas es todo un señor potentado, con Ford y todo!

Pocos días después, la linda condesita volvía otra vez a la avenida de los tilos.

—No me olvido que hoy es tu cumpleaños, Miguel, y te traigo este pequeño regalo... Es un vieja narración de hadas y gnomos, edi-

tada en nuestra amada Hungría. Quizá alguno de sus cuentos traerá a tu alma bellos recuerdos perdidos en la lejanía de tu niñez.

—Tú siempre tan espiritual, mi adorable Sari.

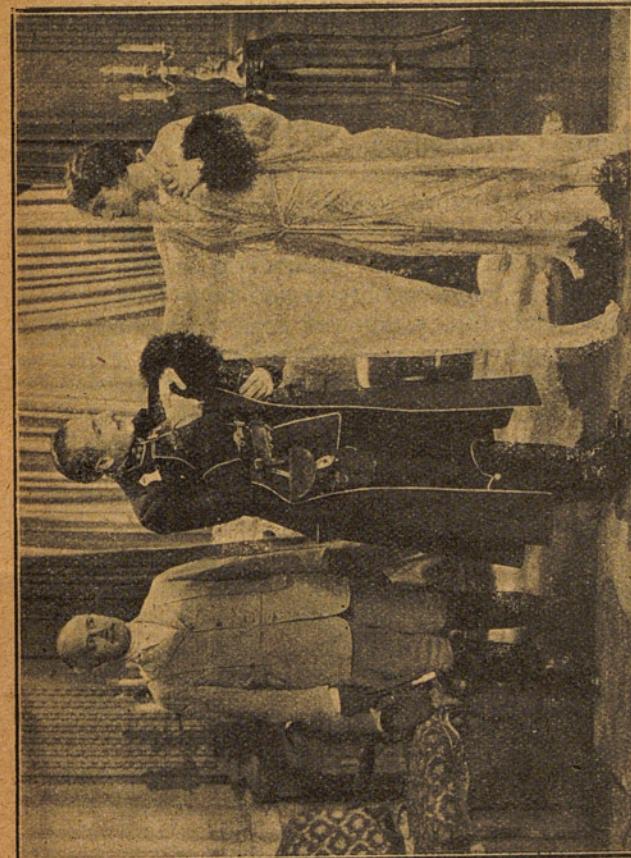
—¿No es acaso un cuento de hadas el que los dos nos hayamos encontrado tan lejos del lugar en que nos conocimos? Han pasado los años, y la promesa que hice de venir a verte, se ha convertido en realidad.

—¡Plugiera a Dios que la que yo te hice pudiera serlo también! Nuestra historia es toda una leyenda de amor y de felicidad... pero temo que su final sea triste, Sari.

—No desesperes, Miguel. Por ventura, en estos cuentos de hadas, ¿no se casa siempre la princesa con el pastorcillo?... ¿Por qué razón no se ha de volver realidad la fantasía alguna vez y ser nosotros los protagonistas reales de uno de estos bellos cuentos?

El libro de fábulas, primorosamente encuadrado en piel, con broches de diamantes y cantoneras de aro, era una verdadera joya. Sus estampas, un alarde tipográfico. Miguel, dejaba correr la fantasía de su amada princesa, cuyas palabras traían a sus oídos armonías indefinibles; acariciaba sus cabellos de ébano que en sendos bucles caíanle por ambos lados del níveo busto, y soñaba.

—Hé de partir, querido Miguel; desde hace unos días, observo que mis servidores me vi-



—Señorita, sabía que el castillo de Tharzo era uno de los que más bellezas encierran en nuestra amada Hungría.

gilan más que de costumbre y no tendría nada de particular que hubiesen llegado a conocimiento de mi tío estas entrevistas.

—¡Entonces, nuestros proyectos...!—murmuró él con angustia.

—No te preocupes; cuando mi tío se entere, ya no habrá remedio. Estaremos casados.

—Eso es, en lugar de hacerlo la semana que viene, nos encontraremos aquí mañana muy temprano, y una vez seas tú la señora de Miguel Pless, se lo comunicaremos a tu tío! ¡Qué rabjeta tan grande va a tener!

Un último beso, interminable, y la enamorada princesita de los románticos sueños, partió veloz en el auto trepidante.

EL DESPERTAR DE UN SUEÑO

Como Miguel había temido, el final de su cuento se acercaba. Al día siguiente, fué al lugar donde debía encontrar a su adorada, y tras largas horas de espera, ésta no compació.

Por fin, una bocina bien conocida, le hizo pensar que se acercaba el final de su espera. Terminaban sus angustias. Salió del tipido seto y se encontró ante el chófer.

—¿Y Sari?—balbució.

—La señorita no ha podido venir. Ya quería hacerlo, pero estaba tan estrechamente vigilada, que le ha sido imposible. Ha recibido un cablegrama de su señor tío en el cual la ordenaba que saliera a Europa con el primer vapor y ha salido esta mañana, con la mayoría de su servidumbre.

En el rostro de Miguel Pless, se reflejaba la más viva desesperación. Quería hablar, preguntar, y las palabras se negaban a salir de su boca.

—En el momento de embarcar la señora condesa me encargó que viniera a comunicarle a usted lo sucedido. ¿Necesita algo más de mí el señor?

—Gracias Martín, no es nada; la impresión... ¿comprendes? Te estoy muy agradecido por lo bien que te has portado con la señora condesa y conmigo. Eres un servidor discreto. Cuenta con mi agradecimiento.

Y después de haber recompensado al chófer por la fidelidad de que había dado pruebas duran aquellos amores, Miguel se perdió en la espesura, yendo a llorar su pena en aquel banco, evocador de tan bellos momentos.

Ya hacia tiempo que los focos de la ciudad habían venido a sustituir los esplendores del astro rey cuando vemos deambular, sin rumbo fijo, a nuestro héroe, por las calles de Nueva York. Sus pasos vacilantes y su andar cansino, denotaban que se hallaba bajo el peso de una gran desgracia.

Sobre su cabeza lucían millares de luminarias, pregonando las excelencias de los autos, películas, específicos, almacenes... Por las aceras, entre los enormes rascacielos, corría presurosa una multitud imponente, bastante preocupada con sus propios afanes para inmiscuirse en los de los demás.

¡Increíble parecía que pudiera estar tan solo en un lugar tan concurrido!

Entre los millares de anuncios que decoran el fantástico Broadway, uno había que llamaba su atención con la persistencia que el imán atrae al acero. Sus luces, ora de un

color, ora de otro, de hermosos cambiantes, tenían para nuestro héroe un encanto especial. Tan pronto salían de golpe, como parecía que una mano invisible las trazara sobre el piso treinta y uno del mastodonte urbano.

“Compañía trasatlántica. Salidas semanales para Europa.”

Después de mucho mirar, tomó una resolución irrevocable.

—¡Marcharé a Europa!—gritó en voz alta.

Cuarenta y ocho horas sin dormir, arreglando sus negocios, y al tercer día, tomaba pasaje en uno de los gallos del Océano. Dos semanas más tarde, pisaba la tierra que le vió nacer. En la Aduana de su país, los mismos tipos de barbas pobladas y uniformes oscuros. Examen minucioso de maletas, carteras, etc.

Tras larga espera tocóle el turno. Su equipaje pasó felizmente los rigores de la detenida inspección.

—¿Tiene usted sus documentos?

—Tómelos.

—¿Dónde están los papeles acreditativos de que usted ha cumplido sus obligaciones militares?

—Salí de mi país cuando era casi un niño...

—Todo eso está muy bien — repuso con ironía el gendarme de la poblada barba, que



—La condesita es cosa hecha

examinaba los pasaportes—, pero no por eso ha dejado usted de ser súbdito húngaro y, por consiguiente, está usted obligado a servir los tres años, como cada hijo de vecino.

A pesar de sus protestas, Miguel fué conducido desde la Aduana a las oficinas de alistamiento. Alto, guapo, instruido y fuerte, era todo lo que se dice un buen tipo para figurar en el distinguido cuerpo“ los Húsares de la Reina”. Así lo juzgaron en la oficina de alistamiento y allí fué destinado sin demora.

El regimiento salía de maniobras y Miguel, de los viejos soldados. Todos conocían la todavía sin uniforme, marchó en compañía historia del “Americano”, cogido en el cepo de la frontera y reían de muy buena gana la aventura, gastándole bromas nada correctas por cierto.

El tren militar que conducía el regimiento, se detuvo en la estación de Thurzo. En dicho lugar, se notaba el mencionado día un movimiento desacostumbrado. El jefe de la estación, con su barriga inverosímil, hasta el extremo de haber quien aseguraba era más ancho que largo, corría de un lado para otro, sudoroso, jadeante, dando órdenes atropelladamente.

¡Esa alfombra, dejadla bien tendida!...
¡Que llegue desde el coche hasta el andén!
Y vosotros poneos el traje de los días de

fiesta—decía dirigiéndose a sus subordinados.

Frente a la entrada de la estación, y al final de la larga alfombra, aguardaban dos espléndidas carrozas. Sus lacayos, ostentaban los colores de la casa de Thurzo. Más atrás, aguardaba una compacta multitud de campesinos y gentes de la ciudad, en actitud expectante y respetuosa. La mirada dura de los lacayos, parecía contenerlos a una distancia regular.

En el otro lado del andén esperaba el tren militar. Los soldados corrían irrespetuosamente por delante de los coches, como pájaros a los que de pronto se les abre la jaula.

—Capitán; prevenga usted a sus hombres de que el Orient Express está al llegar... Sería conveniente que volvieran a sus coches—ordenó el atareado jefe.

El capitán, un soldado encanecido, un hombre duro, de esos que llegan a ocupar un grado a fuerza de años de servicio; en una palabra, uno de esos oficiales de la escala de reserva, militar hasta la médula, metió a toda la soldadesca en los coches con sólo dos gritos.

En la puerta de la estación, permanecía un piquete para rendir honores al personaje esperado.

Miguel, presenciaba los preparativos con cierta curiosidad. En su interior, pensaba que

debía llegar una persona muy distinguida para que le rindieran semejante acatamiento.

Calcúlese cuál no sería su sorpresa al ver cómo se detenía el Oriente exprés y descendía su amada. Todo aquel agasajo, era para tributar a la linda Sari el recibimiento correspondiente a su elevada jerarquía.

Aplausos, vivas, presentación de armas y apretones de manos por doquier. La soldadesca en masa, se llevó la mano a sus gorras, cuadrándose militarmente, en homenaje a la bella dama.

Miguel, de pie sobre un furgón, la contemplaba entre embelesado y sorprendido. Varias veces había dirigido Sari la mirada en aquella dirección y ni siquiera se había dignado corresponder al saludo por él iniciado.

—¡Ahora es cuando me doy cuenta de que no soy para ella más que un simple gusano!—¡Hasta se avergüenza de haberme visto!—murmuró viendo cómo su amada volvía la cabeza.

La verdad es que la volvía para corresponder a cuantos la vitoreaban desde el otro lado y que ni por un momento soñó ella en tener tan cerca al ídolo de su corazón.

—¡Imbécil!... ¡Este es el respeto que te merece a ti la señora condesa!—le gritó un sargento viendo que Miguel agitaba la mano al desaparecer la carroza.

Los vítores, las aclamaciones, aquel pos-

trarse de hinojos de los campesinos, hicieron comprender a Miguel que él no era más que un siervo. ¡Sari estaba tan alta, tan alta, que nunca le sería posible llegar a poner su mano sobre ella.

—Mi capitán; he oído decir que el tren va a detenerse aquí algunos días. ¿Me permite bajar para visitar a mi padre, a quien hace más de quince años que no he visto?

—¡Demonio! Siempre tenéis historias nuevas para contar... Con que a tu padre, ¿eh?... ¡Alguna novia irás a ver tú!—refunfuñó el viejo soldado haciendo un mohín picaresco.

—La tenía, mi capitán, pero ya...—y en su rostro se reflejó todo el desaliento que en aquellos instantes embargaba su alma.

—¡Yo soy muy indulgente para las penas de amor, muchacho!... ¡Vete corriendo y ten por seguro que ella estará más deseosa que tú de hacer las paces!... ¡Diablo de muchachos!...

Para las penas de amor, no sólamente era indulgente el capitán de la compañía, sino todos los oficiales del regimiento. En esto no hacía más que seguir la corriente general. En los Húsares de la Reina se prodigaba por igual el culto a Marte y a Venus.

Los oficiales de Húsares, sabían entretenar las penosas horas de viaje. Con ellos habían salido una troupe de elegantes artistas

de la capital, decididas por lo visto a aprender táctica militar.

En los coches de la oficialidad, corría el champaña, reinaba el buen humor y la música dejaba oír sus agradables estridencias.

El Barón de Heinberg, uno de los solterones más codiciados de Hungría era el coronel del regimiento, y sus licenciosas costumbres, servían de modelo a cuantos estaban bajo sus órdenes.

El capitán Kiss, ayudante oficial, y auxiliar aficacísimo en su vida particular, se presentó con una carta que acababan de traer en aquel instante.

El coronel, abrió la misiva con displicencia.

—Amigo mío, vete al mejor café del pueblo y di que preparen todas las mesas para nosotros... Esta es mi última noche de soltero y quiero celebrarla como se merece. Mañana empiezo mi vida formal.

—¿Acaso Lona?...

—¡Quita de ahí, inocente!... ¿Acaso crees tú qué esa...? Lee...

“Amigo Heinberg: He conseguido que el regimiento se detenga unos días en Thurzo. El telegrama que ha recibido en ruta es obra de mis indicaciones. Por consiguiente, será usted mi huésped de honor y conocerá a mi sobrina Sari. Espero que mutuamente simpaticen ustedes y que nuestros bellos proyectos,

serán pronto un hecho. Hasta pronto, reciba el abrazo de su afmo.

"Andrés de Thuzo."

—¡La que se prepara si Lona se entera!... Según me han dicho, nuestra condesita es bellísima—añadió el capitán Kiss riendo a más y mejor.

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas

Escríba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Ap rt.º 707a Barcel

LA VUELTA DEL HIJO PRODIGO

—Esto de doblar la rodilla es indigno, francamente indigno! ¡Un hombre no debe arrodillarse jamás delante de otro hombre!... ¡Mientras hagamos dioses de carne no iremos a ninguna parte!

Así razonaba Miguel mientras se dirigía hacia su casa. Sus muchos años de permanencia allende el Atlántico, lo habían cambiado espiritualmente y hasta olvidaba que la costumbre es una ley más inmutable que las leyes mismas. No se acordaba que en su adolescencia se había inclinado él también, pareciéndole aquello la cosa más natural del mundo.

En su casa no halló más que una vieja criada, para él desconocida.

—El señor Pless está en el café, caballero—murmuró la doméstica haciendo una profunda reverencia.

—¡Servilísimo, siempre servilismo!...—gruñó Miguel.

—¿Manda algo el señor?—dijo la vieja sin comprender.

—¡Nada; me voy al café!
Renunciamos a describir el alborozo del



Y Miguel pasó por la suprema vergüenza de tener que acompañar a los oficiales cepillo y paño en ristre

señor Pless al recibir a su hijo en sus brazos. Le faltó tiempo para presentarlo a todos sus contertulios, viejos industriales de la población, quienes tampoco habrían reconocido en aquel guapo mozo al rapazuelo de antaño.

—¡Aquí le tenéis, hecho un poderoso comerciante; todo un caballero!... ¡Este es Miguel, mi pequeño Miguel!... ¡Diantre y qué buen mozo se ha hecho!... ¡Fijaros, fijaros, qué músculos... y qué pecho! ¡Eres todo un hombre!

Con motivo de la llegada del joven, se suspendieron las partidas de ajedrez, y todos los ancianos que le conocieron de niño, hicieron corro enderredor, para oírle sus estupendas narraciones de aquel mundo lejano y desconocido, donde cada uno valía por lo que sabía hacer, sin el prejuicio de castas ni privilegios.

Exaltaado por las circunstancias, Miguel les presentó el Nuevo Mundo como una encarnación de lo más perfecto: igualdad, libertad, fraternidad... Y los sencillos magiares, hubieran jurado a pies juntillas la veracidad de las narraciones de Miguel. Todos convinieron en que la vida de vasallaje que allí se les imponía era intolerable y hasta hubo quien apuntó que no estaba dispuesto a tolerarla un día más.

—Amigos míos, créanme ustedes que lo

siento de veras—dijo el dueño del café—; pero no tenga más remedio que invitarles a abandonar el local. Van a venir los oficiales y me han dado orden de que lo quieren para ellos solos.

Todos los contertulios fueron desfilando, uno a uno, con gran asombro de Miguel.

—Vámonos, hijo mío. No es prudente aguardarnos...

—Mi dinero es tan bueno como el de ellos, padre. Yo no me voy.

—¡Por Dios, hijo mío... no sabes a lo que te expones! ¡Y más siendo un recluta!

—¡He dicho que me quedo, y me quedo! ¡Yo no soy como esos que protestan y a la hora de demostrarlo se marchan encogidos de miedo!

—¡Vámonos, Miguel, que no estamos en América!

Fué inútil: ni el anciano con toda su autoridad, ni el cafetero, pudieron convencer al testarudo joven.

Al poco rato llegó el Barón de Heimberg.

—¿No has recibido la orden de reservar el café para nosotros solos?—aludió al cafetero, mostrándole a Miguel y su padre, sentados en un rincón del establecimiento.

—Señor... yo no puedo arrojarlos por la fuerza...

—¡Ah, sí!... ¿De modo que no quieren largarse?

Reprimiendo la ira con una sonrisa irónica, se fué hacia el americano.

—¿Conque es usted un recluta y se niega a obedecer mis órdenes?—exclamó, mirando la escarapela que Miguel llevaba pendiente del ojal de su americana.

—Señor, yo no molesto a nadie...

—¡Cállese usted, insolente! ¡El primer deber de todo recluta es obedecer las órdenes de un oficial sin discutirlas! ¡Vete al campamento a que te vistan de uniforme y preséntate mañana a recibir mis órdenes!... ¡Quedas nombrado mi ordenanza! Cuidarás de mi uniforme, de mi caballo, de mi calzado...

Pasado el primer momento de desasosiego, ya en la calle, el padre de Miguel volvió

—¡Qué bien estarás mañana con el brillante uniforme, hijo mío! ¡Ya me parece que te estoy viendo, marcial, elegante, hecho un general!

Y en los oídos de Miguel seguían sonando aquellas palabras del coronel:

—“¡Cuidarás de mi uniforme, de mi caballo, de mi calzado!”...

—¡Esto clama el cielo, padre! Venir del otro lado del mundo, dejar una brillante posición, y todo, ¿para qué?... ¡Páca venir a ser el limpiabotas de un!...

—¡Calla, hijo mío! ¡Por lo que más quieras, no te dejes llevar de tus arrebatos! Piensa que si te ocurriera una desgracia, sería

mi muerte. En el ejército no hay oficios altos ni bajos. La disciplina los hace a todos iguales. ¿Qué sería de nosotros si no obedecieramos cada uno a una disciplina? Tú a la que te ordena el mando... Yo, a la del trabajo... ¡Todos obedecemos a una disciplina, muchacho! Podrá variar la forma, pero el fondo es el mismo.

—“Cuidarás de mi uniforme, de mi caballo, de mi calzado”... Estas frases seguían sonando constantemente en el cerebro de Miguel y aquella noche le impidieron conciliar el sueño.

Entre tanto, los oficiales, reunidos en el café ya mencionado, armaban la más ruidosa bacanal de que jamás había menencia en Thurzo.

El capitán Kiss, aleccionado por el coronel, a la hora de los brindis, levantó su copa:

—En honor de la futura Baronesa de Heimberg.

Los demás oficiales hicieron lo propio, así como también cada una de las damas que los acompañaban.

Lona, que charlaba con un grupo de ellos, no pudo evitar un salto de júbilo y corrió a precipitarse en los brazos de su amado...

—¡Qué sorpresa tan agradable, amor mío! Porque supongo que ese brindis debe referirse a nuestra próxima boda...

Una carcajada homérica fué la contestación a las palabras de la enamorada muchacha, quien, un tanto extrañada, se volvió hacia todos los conterfulios, desafiándolos con su mirada de reto.

—¿Queréis explicarme el significado de esas risas?—preguntó al coronel.

—Amiga mía... comprende que me colo-
cas en una situación muy violenta...

A su presteza en apartar la cabeza, debió el Barón que ésta no le fuera destrozada por una botella de champaña.

El ridículo que acababa de correr, exasperó aún más a la bella que la herida inferida a su corazón. Como muy acertadamente temiera Kiss, la que se armó al enterarse la joven, fué de las que merecen ser anotadas en el calendario.

—¡Canalla! ¡Infame!... ¿Para esto he huído de mis padres y te he sacrificado mi vida entera? ¿Es así cómo correspondes a mi sacrificio?... ¿Crees que después de haber truncado mi vida voy a resignarme?

Pasado el primer impulso de desesperación comprendió Lona que con aquella actitud sólo conseguía ponerse más en ridículo.

—¡Sueltenme ustedes, que no quiero tener un minuto más ante mi vista a ese monstruo sin conciencia!—dijo a los oficiales que la sujetaban para preservar el físico de su coronel de nuevos lanzamientos,

Y en las sombras de la aldea dormida, una hermosa mujer vertió amargas lágrimas de desilusión. Mientras, en su alma, se iba incubando un proyecto de venganza.

Los que un momento habían reido, luego, parecían en cierto modo pesarosos de haber hecho blanco de sus burlas a la pobre abandonada. En el ambiente parecía flotar como un halo de tristeza.

—¡Señores, a rey muerto, rey puesto! — declaró con cinismo el Barón—. ¡Brindemos por el amor!

Y como si las nuevas libaciones hubiesen tenido la virtud de borrar los recuerdos, volvió a renacer la alegría.

EL ORDENANZA DEL CORONEL

A la mañana siguiente, se presentó un soldado ante las puertas del castillo.

Intentó franqueárlas, una vez hubo llamado, con esa tranquilidad que da la confianza de ser bien recibido. Un criado el cerró el paso:

—¿Tiene la bondad de decirme de parte de quién viene usted?

—De parte mía, ¡caramba! Dígale a la señora condesa que desea verla un soldado de Húsares.

—Espere aquí hasta saber si puede recibirla.

Y con la mayor frescura, dejó al mozo esperando en el jardín.

El recado fué transmitido de criado en criado.

—Un soldado de Húsares desea ver a Su Excelencia.

Sari, acababa de dar fin a su tocado matinal. Estaba realmente seductora. Al recibir la noticia, no pudo evitar un mohín de desagrado.

—Sin duda será algún pobre diablo que viene a pedir protección... Pasadlo al vestí-



Una bomba que hubiera caído a sus pies no hubiera hecho a Sari
efectos más terribles

bulo y qué espere hasta que yo llegue.

Sari descendió por la amplia escalinata, lenta, majestuosamente, sin dignarse mirar a su visitante. Al llegar a la mitad y dirigir la vista hacia el pobre diabló que le miraba con la ansiedad pintada en el rostro, estuvo a punto de proferir un grito de alegría. El corazón le dió una sacudida tan violenta, que hubo de llevarse la mano al pecho.

No es preciso añadir que bajó corriendo los pocos peldaños que le faltaban.

—Tenga la bondad de seguirme—murmuró con frialdad, como si jamás hubiera visto el rostro de su visitante.

—Miguel, amor mío, ya sabía yo que vendrías... Me lo decía el corazón—exclamó, cubriendo de besos, cuando hubo marchado el criado que los acompañaba.

—He vuelto, sí; pero para permanecer tres años en filas.

Entre caricia y caricia, Miguel explicó a su adorada cuanto le había acontecido desde su última entrevista.

—Y, ya ves—concluyó—: ahora, tres años prisionero...

—¿Y qué importan tres años para quien estaría toda la vida esperándote?

—Sari, ayer, al ver los honores que te dispensaron en la estación, comprendí la locura de mis aspiraciones. En América, veía yo las cosas de muy diferente manera; pero

aquí... ¡Puede tanto la opinión de los demás... el qué dirán!

—¡Cómo se conoce que no has profundizado bien en mi cariño, Miguel! De niña, desafiaba las iras de mi tío para ir a reunirme contigo... Ya mayor, no he vacilado en cruzar el océano para reunirme contigo... ¿No significa esto nada para ti?

—Ayer, cuando me pareció que me mirabas sin dignarte saludar, creí que no me amabas ni te acordabas de mí. Hoy, al recibirmé con la frialdad con que lo has hecho, me has obligado a maldecir la hora en que se me ocurrió venir... Es tan grande mi cariño, que veo peligros hasta donde sólo hay beneficios, Sari. Comprendo que es un disparate el pensar así, pero, ¿se puede pedir raciocinio a un hombre que ama en la medida que amo yo?

—Su Excelencia el señor Conde espera a la señora Condesa — anunció en aquel instante un criado.

—Siento tener que decírtelo, Miguel; pero hemos de evitar que mi tío sospeche que te conozco...

—No veo la necesidad de ocultarme...

—Tú ignoras su carácter... Profesa viejas ideas sobre la estirpe aristocrática y el orgullo de casta. Desea para mí un esposo que posea un título de nobleza.

—Sari, si yo no fuera hoy un muñeco, exi-

giría, reclamaría mi derecho de pretenderte como un hombre libre; pero en estas circunstancias, ¿qué puedo hacer?...

—Ocurra lo que ocurra, no te olvidaré. Esta noche, a las siete, estaré en el jardín; en la puerta de servicio, como antaño.

Al franquear la puerta principal del castillo, henchida su alma de esperanza, Miguel se dió de manos a boca con el Barón de Heimberg.

—¿No te ordené ayer que vinieras a verme esta mañana? —exclamó con dureza—. ¡Quedas arrestado!

—Me permito observar a mí coronel que me hallo en uso de permiso.

—¡Una orden mía, anula todos los permisos, vengan de donde vinieren! Sujeta mi caballo hasta que yo salga.

El palfrenero del castillo abandonó las riendas a Miguel, y éste quedó ante la puerta de la monumental mansión, maldiciendo de su suerte.

En el salón, el conde de Thurzo aguardaba impaciente para saludar a su amigo.

—Le advierto a usted, querido Barón, que Sari tiene acerca del matrimonio y del amor ideas muy modernistas... fruto de sus experiencias en tierras americanas —añadió con ironía—. Pero confío en la galantería, que es la estrategia del amor... y confío también

en sus acreditadas dotes de estratega perfecto.

—Entendidos. Por mí, puede estar seguro que no se perderá la partida—exclamó el Barón, con aire de Tenorio engréido.

—Aquí viene mi sobrina; permítame que se la presente, barón.

—Señorita, sabía que el castillo de Thurzo era uno de los que más bellezas encierran en nuestra amada Hungría; pero nunca pude llegar a imaginar que tras de sus muros se ocultara tanta perfección.

El barón conocía bien a las mujeres; sabía que el lado flaco de éstas fué siempre la lisonja y se esforzó cuanto pudo por ser agradable. No le quedó rincón por explorar en el vasto archivo de sus estudiados cumplimientos.

Y mentiríamos si no dijéramos que a Sari le fué bastante simpático.

Por aquella mañana, tampoco se proponía nada más el barón. Quedó concertado que por la noche asistirían al baile de gala organizado por la ciudad en obsequio de la oficialidad. El tal baile de gala, coincidía con un acontecimiento: la inauguración del café Charivari, un establecimiento de un lujo desconocido en aquella población, asombro de sus moradores.

Aquella tarde, Miguel, el nuevo ordenanza del barón de Heimberg, limpiaza las bo-

tas a su ayudante, mientras el coronel se vestía.

—La condesita es cosa hecha. Claro que no me he declarado al primer golpe. Esto sería dar a entender que estoy de acuerdo con su tío, y para ciertos temperamentos no hay nada tan contrario como el amor imposto... Pero tengo la convicción de que las baterías emplazadas esta mañana, dispara-rán con acierto esta noche, en la inaugura-ción del café Charivari.

—No puede negarse que eres hombre de suerte, Heimberg. La condesita es una de las primeras bellezas del reino y su fortuna no es bocado despreciable.

Para saber lo que Miguel sufrió durante el curso de aquel diálogo, en el que con tan poco respeto se hablaba de su amada, hubiera sido necesario estar dentro de su alma. ¡Ah! ¡Si no se lo hubieran vedado las ordenanzas, con cuánto placer les habría adminis-trado una severa corrección! Pero, en su situación, no podía hacer más que dos cosas: callar y sufrir.

La oficialidad del regimiento, juzgó oportuno presentar sus respetos aquella tarde a la condesa, antes de ir al baile, y al efecto, acompañados por el coronel, fueron to-dos al castillo a admirar a la hermosa Sari, de cuya belleza se hacían tantos comenta-rios.

Y Miguel pasó por la suprema vergüenza de tener que acompañar a los oficiales, cepillo y paño en ristre, para limpiarles las botas o cepillarles el traje, en el momento en que éstos reclamaran sus servicios.

Un terremoto, una lluvia de fuego, una explosión fulminante que se los llevara a todos por los aires... Muchas cosas más perdía Miguel, in mente, al Supremo Hacedor. En el momento de ver a su amada descendiendo la escalera, hubiera querido que se abriera la tierra y lo ocultara para siempre en el fondo de sus entrañas. ¡Aquello era superior a sus fuerzas!

Sari se mostró con todos afectuosa, sin dejar de dirigir un instante sus miradas a Miguel, que en un rincón de la estancia limpiaba las botas a un oficial.

El barón no perdió ni uno solo de aquellos movimientos. El haber encontrado a su ordenanza, aquella mañana, saliendo del castillo, lo relacionó con aquel interés. Luego, las alusiones del conde con respecto a las ideas adquiridas por su sobrina en América... Todo ello le parecía bastante extraño.

—Pero, no, no—se dijo para sí—. ¡Sería monstruoso que toda una señora condesa descendiera hasta este extremo...

En una de sus evoluciones, Sari llegó hasta donde el ordenanza esperaba a pie firme.



...y en tanto que Helmber encendía un cigarrillo, el joven por detrás del respaldo...

—Espero que esta noche se divertirá usted mucho bailando con el barón de Heimberg—articuló el joven por lo bajo, con marcado despecho.

—No digas tonterías, Miguel... ¿Acaso no te consta que te quiero?—repuso ella en el mismo tono.

La condesa dejó caer en aquel momento el abanico, que Miguel recogió con presteza. Al recibirla, Sari le entregó un rico pañuelo. Dentro iba un papel lleno de frases alentadoras. La acción fué tan rápida, que ninguno de los presentes se pudo dar cuenta de ella.

Aquella noche, el café Charivari estaba hecho un ascua de oro. Los brillantes uniformes, las ricas "toilettes", el negro severo de los fracs y la nívea blancura del raso de seda de los típicos trajes de ceremonia ostentados por los magiares más notables, formaba un abigarrado y desconcertante contraste. Ante la puerta del establecimiento, se apiñaba una compacta multitud para ver siquiera fuese de lejos aquel alarde de sumtuosa riqueza.

Pasarían muchos años antes de que en Thurzo se dejara de hablar de tal acontecimiento musical, traídos exprofeso de la capital, miento.

En uno de los momentos de descanso de la capital, Sari fué a arreglarse su tocado, un tanto alterado durante las danzas.

—No ignoro sus manejos, señora condesa —murmuró una hermosa dama, cuya cara reproducía el espejo—; pero sepa que sabré defender a Heimberg, aun cuando usted trate de robármelo.

—Le prevengo, señora mía, que ignoro en absoluto a qué se refiere, y que sus palabras son por demás insultantes. Yo no tengo nada que ver con ese señor.

—Sin embargo, usted va con el barón, y se susurra que su matrimonio con él es cosa concertada.

—Pues, quienes así hablan, están en un error crasísimo. ¡Jamás!... ¿me comprende? ¡jamás le permitiré a ese hombre otro tratamiento que el de amigo!

—Señora, su indignación me hace comprender mi error... Pero, compréndalo usted, él había prometido casarse conmigo y ayer... ¡Dios mío, sólo de recordarlo se hiela mi sangre!... ¡fui objeto por parte de todos de una burla sangrienta!...

—¿Y dice usted que tuvo la osadía de brindar por su próximo enlace conmigo?

—Un oficial amigo mío me ha dicho que el barón ha venido para eso, llamado por su tío.

Entonces fué cuando Sari comprendió el verdadero significado de las palabras que su tío Andrés pronunciara aquella mañana.

—“El barón de Heimberg será nuestro

huésped durante esta semana. Conviene que te portes con él con toda amabilidad y le consideres como el mejor de los amigos de esta casa."

—¡Pero esto que tratan de hacer conmigo es una infamia!—articuló Sari.

—¡El infame cree que va a poder burlarse de mí... pero yo le aseguro que antes le quitaré la vida!—exclamó Lona llorosa, sacando un revólver primirosamente cincelado, oculto en su monedero.

La conferencia que las dos mujeres sostenían en el tocador no pasó desapercibida para Heimberg ni para Andrés de Thurzo.

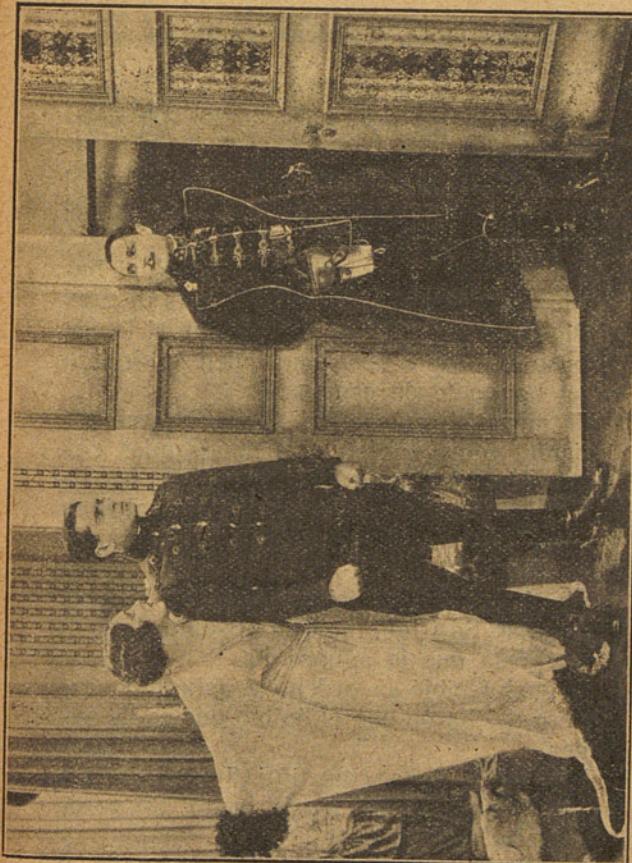
—Opino—dijo este último—que será necesario precipitar los acontecimientos. Mañana, en el banquete que daré a la oficialidad, anunciaré vuestra próxima boda.

—¡Tenemos un aspecto horrible!—murmuró Sari, al ver que las lágrimas habían desleído el "rymmel" de sus ojos y bajaban por su rostro dos surcos negros—. Arreglémonos pronto, para que nada sospechen.

—Entonces, ¿quedamos en que no ama usted a Heimberg?—preguntó Lona.

—No me casaría con él ni aunque me amenazaran de muerte... prefiero a su nuevo ordenanza, con quien estoy prometida secretamente desde niña.

—La odiaba a muerte, señora condesa;



— Me entrego para que no se sepa que la señora condesa trató de salvarme

pero desde ahora, cuénteme como su mejor amiga.

Y el odio común al mismo personaje, selló una amistad que más tarde debía dar óptimos frutos.

Al día siguiente, conforme anunciaron al final de la fiesta, el conde de Thurzo dió el banquete a los oficiales de Húsares.

Por ciertas indiscreciones de Lona, el barón tuvo conocimiento de los amores de Sari y Miguel, y con objeto de humillar al joven, dispuso que fuera él mismo quien le sirviera en el banquete de espousales.

El maravilloso castillo aparecía resplandeciente, como en los días de grandes circunstancias. Los criados ostentaban sus libreas de gala. Ante la puerta principal iban y venían las blasonadas carrozas, portando invitados...

Llegó por fin la noche, y con ella la hora del ágape. Sari ignoraba en absoluto la triste sorpresa que le aguardaba.

Miguel recibió la orden de actuar de camarero del barón con el ánimo que es de suponer.

Durante la cena, cometió infinidad de torpezas, intencionadas, desde luego. Su coronel estaba sobre ascuas.

No perdía un movimiento de su amada, y en más de una ocasión sorprendió entre la condesa y su ordenanza miradas apasiona-

das, confirmativas de cuanto le habían revelado Lona y su ayudante.

Cada vez que comenzaba un sostenido diálogo con la condesa, venía el ordenanza a ponerse en medio de los dos, con objeto de cortar la conversación en su punto más interesante.

Sari sufría lo indecible con aquellas imprevisitudes de su amado, y ni qué decir tiene que éste se hallaba devorado por los celos. ¡Aquello de tener que aguantar impasible que otro le cortejara a su adorada, era superior a sus fuerzas!

Al concluir la comida, se levantó Andrés de Thurzo, la copa en la diestra:

—¡Caballeros: como antiguo oficial de vuestro regimiento, es para mí motivo de satisfacción reunir bajo mi techo a los que un día fueron mis compañeros de armas, y al mismo tiempo...—al llegar a este punto, se detuvo, cambió una rápida mirada con el barón, acompañada de una sonrisa significativa.

—... al mismo tiempo, he querido reservarles también un honor. Quiero que sean ustedes los primeros en saber la noticia del próximo enlace de mi sobrina Sari con el coronel de su regimiento, mejor dicho, de nuestro amado regimiento.

Una bomba que hubiera caído a sus pies, no hubiera hecho a Sari efectos más terri-

bles. Desfallecida, hubo de apoyarse en el sillón. Heimberg, pálido de ira, la recogió en sus brazos, quitándola de los de Miguel, que había acudido solícito.

Aun no habían cesado las aclamaciones de los oficiales, cuando se presentó un criado con el pastel de espousales; un enorme corazón, en cuyo centro se veía un espejo.

Sari hizo ademán de correr a refugiarse en los brazos de Miguel.

—¡Por el honor de nuestro nombre, te portarás como yo deseo!—musitó su tío al oído, dándole un fuerte empellón y colocándola otra vez en el lugar que le pertenecía.

Los circunstantes, embargados por el júbilo, no se daban cuenta de cuanto acaecía en la cabecera de la mesa. Sólo el conde, Sari y Heimberg, protagonistas del drama, estaban en el secreto. Y detrás, Miguel, que a no tener en cuenta su situación, habría muerto allí mismo a los dos que martirizaban a su adorada.

—Señores, he aquí el pastel de los espousales!—gritó el conde.

Y al restablecerse el silencio, hizo una indicación a su sobrina.

Esta, con voz opaca, temblorosa, que para todos los demás era por efecto de la intensa alegría, mezclada con el rubor, exclamó, mirando al espejo colocado en el pastel:

—Mi imagen está en el corazón de mi amado... a quien prometo amor y fidelidad eternas.

Una salva de aplausos atronó la sala. Sari, cubierta por una palidez mortal, a punto de desmayarse, suplicó, deteniendo a cuantos se acercaban a felicitarla:

—Por favor, señores. Es este acontecimiento tan extraordinario para mí, que la emoción me desborda... Ruego a ustedes me disculpen si deseo estar unos momentos sola.

Llegado que hubo a un gabinete contiguo, requirió una pluma y escribió:

“Mi querido Miguel. Nunca me casaré con Heimberg. Procura no hacer caso de sus provocaciones, pues intenta castigarte para separarnos. Te adora más, cuantos más obstáculos se oponen a nuestra felicidad, tú

Sari.”

Por su propio sufrimiento colegía lo que debería sufrir su adorado Miguel.

Metió el billetito en la manga de su vestido y salió dispuesta a entregarlo al joven en la primer coyuntura.

De regreso ella en el salón, Heimberg hizo un seña a su ordenanza, y éste se presentó con la botella del champaña.

—No seas torpe... es fuego lo que necesito.

Y mientras el barón lo humillaba, Sari tu-

vo tiempo de enseñarle el billete para él destinado.

Volvió Miguel con las cerillas, y en tanto que Heimberg encendía el cigarro, el joven ven, por detrás del respaldo del sillón, tomaba el billete.

Quiso su mala fortuna que la lumbre fuera más a los dedos que al puro. Volvióse el barón, en el momento en que su ordenanza escondía el papel.

—¡Imbécil!... ¿Me has quemado a propósito?—preguntó, cruzando su rostro con la mano lastimada.

De no haber mediado la suplicante mirada de Sari, Miguel hubiese cometido un disparate de esos que sólo se pagan con la vida.

Las lágrimas de su amada le hicieron contener. Encendió el puro con toda parsimonia, y haciendo una gran reverencia, se retiró a su sitio. Luego, sigilosamente, se fué al vestíbulo a leer el amoroso billete.

Sari se retiró a sus habitaciones, y el coronel salió en pos del ordenanza, a quien sorprendió concluyendo de leer la epístola.

—Un billetito amoroso, ¿verdad? — preguntó con ironía, tras la cual se ocultaba el despecho.

—En efecto, mi coronel—repuso el joven sin ocultárselo, poniéndose ante su superior en actitud de “firmes”.



Lo que hablaron las dos damas nos fué imposible averiguar

—A ver, aver... ¡Déjame que vea la letra de tu doméstica...

—¡Nunca!...—repuso él con firmeza, retrocediendo tres pasos y guardando el papel dentro del puño.

—¡Tu deber es obedecer a tus superiores! ¡Ese orgullo que te has traído de América, te lo voy a quitar con mi verga! ¡Dame el papel!

—¡Lo que me pertenece me pertenece, con o sin el beneplácito de mis superiores!

—¡Ahora lo vamos a ver, villano!

Y así diciendo, se precipitó sobre Miguel, agarrándole la mano derecha, en la cual llevaba este billete.

De un formidable empellón, Miguel mandó a su rival, dando traspies, contra el enorme portier que separaba el salón de fiestas del vestíbulo. Como los bajos de la cortina daban en el suelo, al pisarlos Heimberg y dar con su cuerpo contra ésta, vino abajo la barra del montante, con tan mala fortuna, que alcanzó al coronel en la cabeza.

Los oficiales reunidos en el salón, sorprendidos por el ruido que la barra hizo al desprendérse, volvieron rápidos y pudieron darse cuenta de cuanto ocurría.

Aterrorizado por la idea de haber muerto a su superior, Miguel emprendió veloz carrera. En lo alto de la escalera se encontró con Sari.

—Estoy perdido, amada mía... ¡Acabo de herir a Heimberg!

—¡Aquí... refúgiate en mi cuarto!

Ya era tiempo, porque los oficiales subían tras el fugitivo.

Luego que ellos le hubieron explicado lo poco que sabían del incidente, Sari exclamó:

—Supongo que respetarán ustedes mis habitaciones, si les digo que en ellas no ha entrado nadie.

—La palabra de la señora condesa no puede ponerse en duda sin cometer grave pecado—repuso uno de los oficiales.

Heimberg, que llegó en aquel instante, repuesto del colapso que le produjera el golpe, no era de la misma opinión, pero... ya estaba hecho. Disponer lo contrario, habría sido dejar a su prometida en una situación no muy airosa.

—Que se coloquen centinelas por todo alrededor del castillo, y sobre todo, ante esta puerta... Para proteger a la señora condesa, naturalmente...—añadió, al ver la extrañeza de sus compañeros.

—¡Amor mío, no puedes escapar sin que te prendan!... ¡Es terrible!... Todas las salidas están vigiladas.

—No me culpes, Sari. Ese hombre quería arrebatarme tu carta. Yo no hice más que empujarle; pero la fatalidad...

—¡Dios mío, Dios mío!... ¿Qué hacer?... ¿Cómo lograremos salir de este trance?

—Lo sé perfectamente, Sari... me castigarán y luego te obligarán a ser la esposa del barón. ¡Se acabaron ya los cuentos de hadas, querida!—añadió Miguel con melancolía.

Los dos enamorados, uno en brazos de otro, comenzaron a inventar todos los planes posibles. A su mente acudían las ideas más disparatadas, que al momento habían de deschar por irrealizables. Por un momento, olvidaban sus desdichas presentes para soñar. Los pasos del centinela ante la puerta de la cámara, lentos y acompañados, semejantes al monótono tic tac del reloj, los volvían a la realidad.

—¡Oh, Miguel, no puedo soportar esos pasos! ¡Me crisan los nervios, me enloquecen! ¿Ves esa sombra que cruza, que se agiganta y se hace cada vez mayor? ¡Es su sombra!... ¡Es la sombra del centinela, que se filtra a través de la puerta, de la pared!... —y la infeliz, hecha un mar de llanto, se apretujaba en el regazo de su amado.

—No te agites, amada mía; mañana veremos lo que hemos de hacer; quizá suponga que he conseguido huir y me dejarán el campo libre...!

Y, tranquilizada por esta esperanza, a instancias de los ruegos de su amado, cuando



—Después de todo, te estoy agradecido, Lona...

...que me has devuelto la vida, que me has devuelto la vida...

comenzaba a clarear el día, Sari se metió en el lecho. Miguel, mientras tanto, buscó refugio en el guardarropa de su adorada, una pequeña habitación de un metro y medio de ancha por unos tres de larga, disimulada en uno de los rincones de la estancia.

No es necesario advertir que ni una ni otro pudieron conciliar el sueño, y que si alguna vez se cerraban sus párpados, despertaban al instante, víctimas de horrible pesadilla.

Llegó el nuevo día, y con él llegó también Heimberg, apenas se hubo levantado la condesa.

—Solicito mil disculpas, pero obedezco a instigaciones de su tío al registrar sus habitaciones. Precisa a toda costa encontrar a culnable.

Con toda parsimonia, miró tras las cortinas, levantó los cojines del diván y, siempre con aquella sonrisita desesperante, que le hacía aún más odioso, miró también dentro de los cajones del tocador... en el estuche de manicura...

—Aquí no está... Aquí tampoco—decía cada vez que abría uno de aquellos compartimientos—. ¡Es extraño!... De todos modos —añadió— supongo que la señora condesa no tendrá inconveniente en reconocer conmigo que no puede hallarse nadie escondido en sus habitaciones sin su consentimiento...

Debo advertirle que no puede escapar. Si lo intentara, el centinela haría fuego sobre él.

Y dicho esto salió, echando espumarajos de rabia.

Iba Miguel a salir de su escondite y Sari se disponía a cantar victoria, cuando se oyeron nuevamente los pasos del barón. Volvió éste a entrar en la habitación y, sacando su pistola, apuntó contra el ropero. Sari ahogó un grito de horror. En aquel instante se abrió la puerta y apareció el joven húsar.

—Me entrego para que no se sepa que la señora condesa trató de salvarme. No quiero comprometer su honorabilidad.

—No quiero que me aventajes en caballerosidad, muchacho. Toma mi gorra, mi espada y mi capote. Vestido de oficial, no te detendrá el centinela y así no se sabrá que has pasado aquí la noche.

Como puede verse, al realizar tales actos no era solamente la caballerosidad lo que guiaba a Heimberg.

—Y usted, señora condesa, no olvide que nuestro matrimonio se efectuará a las siete de esta tarde—exclamó el barón, saliendo ya definitivamente.

—¡No quiero escaparme, Sari!... Necesito estar a tu lado para defenderte...

—¡Vete, chiquillo, vete! ¿Crees que hay poder humano capaz de hacerme decir que sí? ¡Antes moriré mil veces!

—¡Adiós, amada mía... todos nuestros sueños de ventura!...—y al decir esto, Miguel, que hasta entonces había permanecido sereno, mezcló sus lágrimas con las de la encantadora Sari. —¡Me duele tanto la idea de abandonarte para siempre, después de haber acariciado tanto tiempo mis quiméricas ilusiones!...

—Esta tarde, a las siete, sale el Oriente Exprés de la estación. Allí nos encontraremos, Miguel.

Poco después de haber partido el joven, acariciando aún esta última ilusión, entró en la estancia Andrés de Thurzo.

—Heimberg me lo ha contado todo; sé que te has rebelado contra mis deseos y he dispuesto que no salgas de esta habitación ínterin no vayas a la iglesia. Antes de las siete vendrán las doncellas a ponerte los atavíos de novia.

Las últimas palabras de su tío hicieron perder a la joven toda esperanza de salvación. Poco antes de las siete vinieron las doncellas con el vestido, que a Sari le pareció el sayal del martirio. Por temor a que su sobrina pudiera sobornar al centinela, el conde lo relevó y montó él la guardia. Cerca de las siete llegó el barón.

—Amigo Heimberg, venís en buena hora.



Sari y Miguel partían hacia lo desconocido

Tengo tan sólo diez minutos para vestirme.
¿Queréis encargaros vos de la guardia?

Acababa de quedarse solo el barón cuando se presentó un criado:

—Una dama pregunta si puede ser recibida por la señora condesa.

Tras unos momentos de duda, el barón accedió:

—Que pase.

La dama era nada menos que Lona. Heimberg tuvo buen cuidado de parapetarse tras una de las columnas de la galería.

Lo que hablaron las dos damas, nos fué imposible averiguarlo. Ello no obstante, podemos dar razón de que a las primeras palabras trocaron ambas sus vestidos y Sari, cubierta con el amplio abrigo de pieles de su amiga, abandonó la estancia. El barón, al verla salir, tuvo buen cuidado de volver a ocultarse, y así fué cómo la enamorada condesa pudo burlar la estrecha vigilancia de quienes querían conducirla al sacrificio.

Las manecillas del reloj de la estación, adelantaban con una rapidez desconcertante, a juicio de un oficial de húsares, que, impaciente, media el andén a grandes zancadas, asomándose a cada paso al camino que conducía hacia el castillo.

—¡Nada!—exclamaba con desaliento, cada vez que inspeccionaba la carretera.

Por fin, dos minutos antes de las siete, apareció un coche en lontananza, corriendo a toda velocidad.

A la misma hora, el barón Heimberg penetraba en la estancia de su prometida.

—Cuando usted guste, señora. Es la hora de la ceremonia.

La novia estaba sentada en el diván, cubierta su cara con el velo de desposada; de su garganta se escapaban entrecortados gemidos, algo así como ahogados sollozos.

—Yo le doy mi palabra de caballero de que sabré hacerla feliz, amiga mía.

—Los sollozos parecieron tornarse risitas. Y risitas que por cierto, no le eran desconocidas. Levantó a la joven el velo de novia y nosotros renunciamos a describir su sorpresa.

La cara del Barón reflejó en un instante todos los colores del iris. Sus músculos hicieron todas las contracciones imaginables.

—Después de todo, te estoy agradecido, Lona... Tal vez tu intervención me ha evitado cometer una tontería irreparable... Con tu astucia me has ahorrado caer en un estúpido matrimonio de conveniencia...

Y así diciendo, abrazó a su amiga con más amor que nunca,

En la estación, Sari y Miguel partían hacia lo desconocido, con rumbo a la felicidad. El dios de los enamorados, que aquel día les había protegido, continuaría protegiéndoles siempre...

FIN

Rosa de California

Novela de la época primitiva de California. Brillante interpretación de los eminentes artistas:

Mary Astor
Luis Alonso
Montagu Love

— Pídala hoy mismo a —

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona

Las Grandes Novelas de la Pantalla

La primera novela cinematográfica

TOMOS A 2 PESETAS

Las dos niñas de París	Sandra y Biscot
Judex	René Cresté
La nueva misión de Judex	René Cresté
La huérfanita	Sandra y Biscot
Barrabás	Biscot y B. Montel
La coqueta irresistible	Constance Talmadge
Parisette	Sandra y Biscot
Por la puerta de servicio	Mary Pickford
La amordazada	Dorothy Gish
Pimentilla	S. Gerard y Sandra
El hijo del pirata	Von Stroheim
Los parias del amor	Mya May
Esposas frívolas	R. Carl y B. Montel
La dueña del mundo	Wallace Beery
La tragedia del correo de Lyon	R. Poyen "Minutillo"
Ricardo Corazón de León	Mary Pickford
El huérfano de París	
Dorotea Vernón	

TOMOS A 1'50 PESETAS

El signo del Zorro	Douglas Fairbanks
El hijo de la parroquia	Jackie Coogan
El milagro	Tomás Meighan
El ladrón de Bagdad	Douglas Fairbanks
Don Q., hijo del Zorro	Douglas Fairbanks
La pequeña Anita	Mary Pickford
La quimera del oro	Charles Chaplin
El niño de las monjas	Mercedes Astoloffi
El Aguila Negra	Rodolfo Valentino
El pirata negro	Douglas Fairbanks
El sol de media noche	Laura La Plante
¡Mi hijo antes que nadie!	Germinal Rouer
Resurrección	Rod La Roque
Jaque a la Reina	Mrs. y Mme. Dullin
El Gaucho	Douglas Fairbanks
La Cabaña del tío Tom	James B. Lowe

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado núm. 707 - Barcelona

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Flandes	R. Meller
La Brecha del Infierno	C. Vernadas
Koenigsmarck	J. Catelein
En las ruinas de Reims	Frank Mayo
La mujer que supo resistir	R. La Marr
Los dos pilletes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga	Fay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargoni
El lobo de París	H. Baudin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquiñ
La prueba del fuego	Ronald Colman
Varieté o Aguilas humanas	Lya de Putti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini
Venganza gitana	R. Colman
Rusia	W. Gaidaroff
Ben-Hur	R. Novarro
La pequeña vendedora	M. Pickford
D. Quijote de la Mancha	C. Schonstrom
El Circo	Charlot
El espejo de la dicha	Lily Damita
Napoleón	A. Dieudonné
Martirio	Suzy Vernon
Por la Patria y por el Rey	René Navarre
El diamante del Zar	J. Petrovich
Corazón de Padre	Lon Chaney
La Bella de Baltimore	Dolores Costello
El gran combate	Colleen Moore

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

GRAN SELECCIÓN DE Biblioteca Films

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Flandes	R. Meller
La Brecha del Infierno	C. Vernadas
Koenigsmark	J. Catelain
En las ruinas de Reims	Frank Mayo
La mujer que supo resistir	R. La Marr
Los dos pilletes	J. Forest-L. Shaw
Como D. Juan de Serrallonga	Fay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargonvi
El lobo de París	H. Baudin
El Abuelo	M. Ribas
El bien perdido	Alice Joyce
La madre de todos	Mary Carr
Ronda de noche	R. Meller
El último correo	Vera Reynolds
Ropa Vieja	Chiquilín
La prueba del fuego	Ronald Colman
Varieté o Aguilas humanas	Lya de Putti
Una gran señora	N. Talmadge
Los hijos del trabajo	J. Nieto
Metrópolis	B. Helm
Bodas sangrientas	M. Jacobini
Venganza gitana	R. Colman
Rusia	W. Gaidaroff
Ben-Hur	R. Novarro
La pequeña vendedora	M. Pickford
D. Quijote de la Mancha	C. Schonstrom
El Circo	Charlot
El espejo de la dicha	Lily Damita
Napoleón	A. Dieudonné
Martirio	Suzy Vernon
Por la Patria y por el Rey	René Navarre
El diamante del Zar	J. Petrovich

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona